

Lectores de rostros

Belén Altuna

Profesora de Filosofía Moral en la Universidad del País Vasco, UPV/EHU, autora de *Una historia moral del rostro* (2010)



Henri Testelin (según Charles Le Brun), *Expressions* [Las expresiones], 1696. Aguafuerte y tinta, huella: 33,1 x 45,1 cm; papel: 39,1 x 54,6 cm. Rogers Fund, 1968. The Metropolitan Museum of Art, Nueva York © 2020 The Metropolitan Museum, of Art/Art Resource/Scala, Florencia

Según un antiguo dicho, la cara es el espejo del alma. ¿Lo es? ¿Es tan reveladora, está tan desnuda? Tal vez muchos acepten una hipótesis más sencilla: que en el rostro se reflejan nuestros estados anímicos, si nos sentimos alegres o tristes, relajados o enfadados... Es decir, que se muestran los estares pasajeros de eso que la tradición ha llamado *alma*. Pensemos en la mirada, que sería, como afirma Ortega, "casi el alma misma hecha fluido". ¿Es que hay para describirla algún adjetivo que no podamos usar? Porque la mirada que nos dirige nuestro congénere puede ser burlona, amorosa, irónica, envidiosa, inquisitiva, bondadosa, compasiva, cruel, asesina... ¿Cómo es que podemos reconocer todas esas emociones de un solo vistazo? ¿Cómo somos capaces de extraer o de interpretar todos esos gestos sutiles?



Gilbert Stuart, *Self-Portrait at 24*
[Autorretrato a los veinticuatro años], 1778.
Óleo sobre lienzo, 42,5 x 32,4 cm.
Legado de Louisa Lee Waterhouse.
Redwood Library & Athenæum, Newport

Adriaen Thomasz. Key, *Retrato de familia*,
1583. Óleo sobre tabla, 91,4 x 114,8 cm.
Museo Nacional del Prado, Madrid
© Museo Nacional del Prado, Madrid

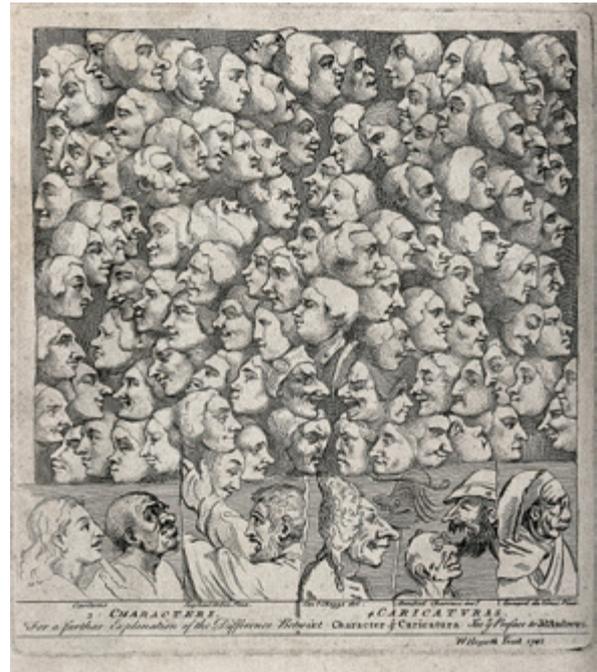


La verdad es que todos somos lectores de rostros. Desciframos las emociones, las intenciones, los pensamientos del que tenemos delante, desplegados en todo su lenguaje no verbal, pero especialmente en el rostro, ese lienzo infinito de expresiones que nunca podemos controlar del todo. Sin que nadie nos lo haya enseñado, sabemos hacer eso, con mayor o menor pericia. Y es que esas rápidas intuiciones nos han dado ventajas evolutivas: nuestros antepasados necesitaban saber de un vistazo de quién se podían fiar y de quién no, y a nosotros nos sigue pasando lo mismo. Pero entonces, ¿qué es lo que refleja el rostro? ¿Sólo cómo estamos en cada momento o también algo más duradero y esencial? ¿Nuestra identidad profunda? ¿Lo que cabe esperar de nosotros y lo que no?



Thomas Rowlandson, *Exhibition Stare Case*. Visitors to the Royal Academy struggle up and down the steeply curving staircase of Somerset House... [Exhibition Stare Case. Visitantes de la Royal Academy forcejean al subir y bajar la empinada escalera curva de Somerset House...], c. 1811. Aguafuerte, estampa iluminada, 48,4 x 31,7 cm. British Museum, Londres
© The Trustees of the British Museum

William Hogarth, *Characters and Caricatures* [Caracteres y caricaturas], 1743. Aguafuerte, 23,4 x 20,9 cm. Wellcome Library, Londres



Durante siglos se ha pensado que es así y, de hecho, se ha tratado de hacer una ciencia de esa intuición. Es lo que ha intentado la Fisiognomía o Fisiognómica, que hoy consideramos una pseudociencia. Los fisonomistas han estudiado el rostro como un microcosmos, como uno de los textos más complejos y elocuentes del "gran libro de la naturaleza". ¿Y qué es lo que se leería en él? El carácter de la persona, a veces incluso su destino. En uno de los ejemplos más conocidos, Cesare Lombroso construyó a finales del siglo XIX su antropología criminal sobre la base de un estudio antropométrico de los rasgos faciales. Dio así una pátina de cientificidad a la imagen del criminal feo, con evidente *cara de malo*. Pero él, como todos los fisonomistas que le precedieron, tuvo que enfrentarse también a la evidencia de que había múltiples delincuentes que en absoluto se adecuaban a esos criterios. Como si la escritura de *lo invisible* en el rostro y en toda nuestra apariencia corporal fuera de una *sutileza* extrema, que escapa constantemente a todos los intentos de sistematización científica.

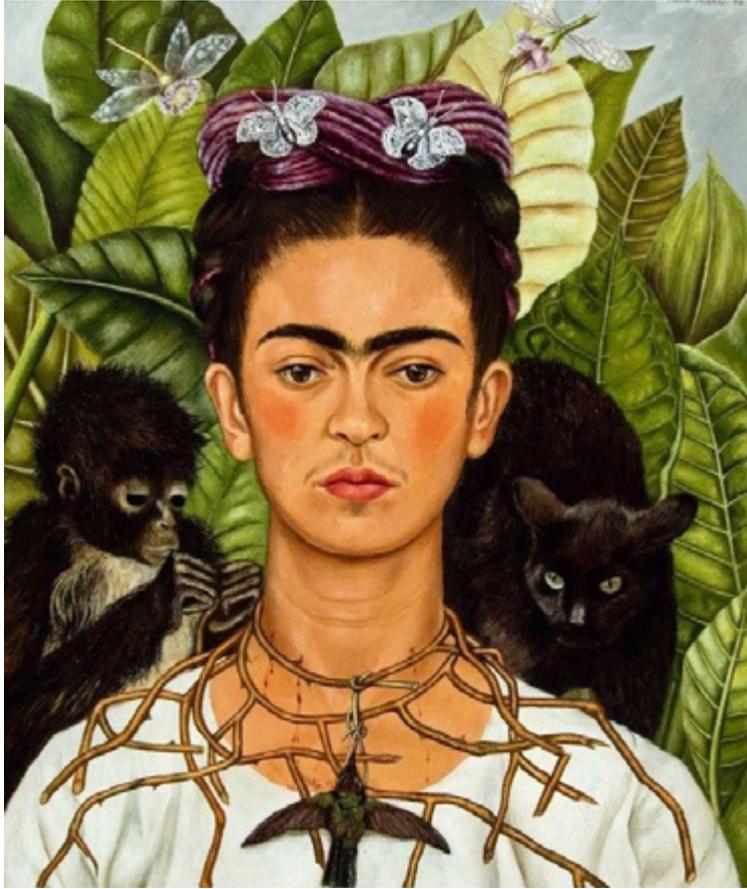


Cesare Lombroso, *L'homme criminel*. Atlas (2. éd. française), Paris: F. Alcan, 1895, p. 179

Cesare Lombroso, *L'homme criminel*. Atlas (2. éd. française), Paris: F. Alcan, 1895, p. 151



Cesare Lombroso, *Fotografie segnaletiche di Etelka Wittemberg, complice di Neumann, ladro d'albergo* [Fotos policiales de Etelka Wittemberg, cómplice de Neumann, ladrona de hotel], 1886. Museo di Antropologia criminale "Cesare Lombroso", Turín
© 2020 Museo di Antropologia criminale "Cesare Lombroso"



Frida Kahlo, Autorretrato con collar de espinas y colibrí, 1940.
Óleo sobre lienzo montado sobre tabla, 62,5 x 48 cm.
Nickolas Muray Collection of Mexican Art.
© 2020 Banco de México Diego Rivera Frida Kahlo Museums Trust,
Ciudad de México/Artists Rights Society (ARS), Nueva York.
Harry Ransom Center at The University of Texas at Austin

Si nos preguntamos otra vez si la cara es el espejo del alma, haremos bien en fijarnos en que la sentencia sólo alude a una parte de la cuestión, porque como afirmaba el sabio Georg Christoph Lichtenberg, "Nuestro cuerpo está en medio entre el alma y el mundo externo, espejo de los efectos de ambos: no narra sólo nuestras inclinaciones y nuestra capacidad, sino los latigazos del destino, del clima, de las enfermedades y de otras mil adversidades". Es decir, el rostro es un lienzo en el que se escribe desde dentro y se escribe desde fuera, y no se deja de escribir hasta el final: hasta que sólo queda un *fuera* sin un *dentro*.

¿Cómo no nos iban a fascinar entonces los *retratos*? Charles Baudelaire decía que un buen retrato es como "una biografía dramatizada" y nosotros, los lectores de rostros, adoramos penetrar en esas vidas, esas biografías, esos espejos...